



Jorge Revenga Sánchez

Pregón Cofrade 2006





Jorge Revenga Sánchez

Nació un 14 de febrero y, prácticamente desde entonces, vive enamorado de la Semana Santa y de sus cofradías. Hermano de cuatro penitenciales de la capital leonesa –Angustias, Jesús, Minerva y Silencio–, es en la del Dulce Nombre donde ha volcado buena parte de su incesante actividad cofrade.

De esta forma, desde hace más de una década, publica poemas y artículos en la revista anual que edita Jesús Nazareno, habiendo trabajado también en la realización de diversos documentales, retransmisiones de televisión y exposiciones. Asimismo, fue el encargado de redactar la memoria que sirvió para que La Ronda y la Procesión de los Pasos obtuviesen la Declaración de Interés Turístico Nacional. Finalmente, fue Abad de la Cofradía de Jesús en el mandato 1998-1999, durante el cual se llevó a cabo –entre otros proyectos– buena parte del conjunto escultórico La Exaltación, bendecido al año siguiente.

Pero la trayectoria de Jorge Revenga sobrepasa los límites de una cofradía, de *su* Cofradía. En el último lustro, este papón leonés ha multiplicado sus aportaciones literarias en buen número de publicaciones, tanto de nuestra ciudad como de otros lugares. Asimismo, su constante presencia en radio y televisión durante la Semana Santa, le han convertido en uno de los mejores conocedores de los entresijos de la celebración sacra en la capital del viejo Reino.

Prestigioso abogado y profesor de la Escuela de Práctica Jurídica de León, Jorge Revenga es, ante todo, cofrade de los pies a la cabeza y papón apasionado que –fiel a su poco aprovechada vocación musical– no duda en colgarse el tambor, dejando al margen su actual condición de Seise, para acompañar a cualquiera de las bandas de su Cofradía. Sin duda alguna, su voz se convertirá, en este Pregón Cofrade de La Horqueta, en la más bella y emocionante marcha –o tal vez sinfonía– que anuncie las *visperas* de una cercana y nueva, pero siempre distinta, Semana Santa.

Presentación del Pregonero Cofrade

Mario Díez-Ordás
Secretario de la Asociación La Horqueta

Autoridades civiles y eclesiásticas,
Representantes de Cofradías y Hermandades,
Papones y Leoneses de corazón,
Amigos:

Vengo esta tarde ante vosotros, sintiéndome honradísimo por el encargo y sin más títulos que los de horquetero y cofrade, a representar el papel de papón del guión anunciador de la procesión de emociones que desde aquí está a punto de salir al aire de este León nervioso de Vísperas. Una procesión de palabras como papones y poemas como pasos, con los únicos braceros del arte y el recuerdo de un cofrade de los pies a la cabeza: Jorge Revenga.

Presentarle ahora ante este tribunal semanasantero es para quien os habla, además de un orgullo, la gozosa ocasión de devolverle el favor de haberme

apadrinado hace algunos años en la ceremonia de mi ingreso en la difícil profesión que compartimos y que él ejerce con gran brillantez desde 1987. Pero Jorge no está hoy aquí por ser un prestigiosísimo abogado, ni por dirigir el área de Derecho Civil en la Escuela de Práctica Jurídica, ni por haber sido Abad de Jesús Nazareno en el mandato 1998-1999, ni por ser colaborador habitual en publicaciones cofradieras y medios de comunicación locales y nacionales.

Jorge Revenga es Pregonero Cofrade de esta locura llamada La Horqueta por ser bracero de su Cristo del Expolio, al que mi abuela sigue llamando “El Torero”, y de su Santo Cristo de Angustias, y de su Descendimiento. Y por no habérsele caído el escudo dorado de Abad cuando la Banda de su Cofradía le necesitó y se colgó un tambor a la cintura y, sin que le hicieran falta palabras, dio el más bello pregón de humildad y amor a la Semana Santa que haya podido escucharse en León tocando por sus calles como un niño con zapatos nuevos. Y es pregonero de La Horqueta, ante todo y sobre todo, porque goza de la cualidad más infrecuente entre los que se lanzan al difícil y maltratado oficio de pregonero en esta tierra: la de poeta.

Por eso, me atrevo a pedirle que ponga en esta tarde todavía de invierno la primavera rumorosa de un Domingo de Ramos en los Capuchinos, que nos ponga a sentirnos parte de la llamada divina que nos hace comprender que en Semana Santa todo es misterio:

Ponnos, Jorge, el corazón
en vísperas de la gloria,
que al repetirnos la historia
hagas soñar a León.
Tráenos hoy con tu pregón
la Semana verdadera,
que tu verbo sea cera
que al derretirse en primores
suene a Viernes de Dolores
este sábado de espera.

Que tu amor venga y revenga,
pues para hacernos pedazos
ya estamos en nuestros brazos,
llama cuando te convenga.
Acompañando tu arenga
está tu Cristo torero
y este cofrade coplero
que posando aquí el guión
te dice con devoción:
tuya es la voz, pregonero.



Abadesas, Abades, Presidentes, Mayordomo, Maestro y Hermanos Mayores de las Cofradías y Hermandades Penitenciales de León, paponas y papones, amigas y amigos, leoneses:

Debo en primer lugar dar las gracias a la Asociación La Horqueta por dos motivos fundamentales: el primero, por considerarme, como lo son sus miembros, un *joven valor cofrade*, cualidad que, con el paso de los años, es quizás lo que más se agradezca. Y después, por haberme brindado la ocasión de componer para este acto una breve sinfonía de sentimientos, al menos en cuanto al libreto se refiere.

Gracias también a mi presentador, Mario Díez-Ordás. Es fácil colegir que todas las palabras que ha empleado en elogiarme se deben evidentemente a que somos hermanos en nuestra particular pasión y por lo tanto, están alejadas de la objetividad.

Hay además otros dos motivos que me hacen estar especialmente orgulloso en este acto: la presencia de Víctor Ramsés Gutiérrez, con quien compartí mucho tiempo en el montaje de la Procesión de los Pasos del año 1999 –y otros muchos momentos a partir de entonces– y a quien admiro por su obra que, estoy seguro, llegará donde él quiera que llegue. Y que será lejos. No tengo la más mínima duda.

Y la segunda razón es pertenecer a una de las Cofradías que han sido premiadas por su buen hacer durante la pasada Semana Santa.

Son por tanto mi amor a la Semana Santa leonesa y mi frustrada vocación de músico las razones por las que hoy les estoy hablando.

Deseando conseguir mover un poco sus corazones paso, pues, sin más preámbulos, a desgranar, nota a nota, este Pregón Cofrade, que bajo el título “*Concierto Grosso en do menor de la Pasión*”, espero deleite sus oídos.

Primer Movimiento: Allegro. El Papón.

Es la Semana Santa una de las fiestas que más tiempo tarda en llegar. El calendario del papón transcurre mucho más lento que el del resto. Se cuentan los

días que faltan para el Viernes de Dolores, desde el mismo momento en que, sobre las tres de la tarde, cierra Jesús Divino Obrero nuestra Semana Mayor.

Es precisamente ese día el que más contradictorio resulta para el cofrade: por un lado, celebra como no podía ser de otro modo, la Resurrección de Cristo; y sin embargo, lamenta profundamente que el tiempo haya transcurrido sin piedad, que hayan pasado diez días como rayos y que tendrá que esperar todo un año para que la Morenica vuelva a salir por las calles de León.

Cierto es que la Cuaresma, llena la calle de sonrisas. Hay miradas cómplices. Desde el mismo Miércoles de Ceniza hay ya carteles en los escaparates que anuncian a gritos, la inminencia de la celebración. Las bandas –que han estado escondidas muchos meses– ya pasean formadas por los parques y plazas. Los viernes de Cuaresma ya se saborean el bacalao, las torrijas. Los hosteleros más madrugadores, ofrecen a los impacientes la rica limonada por mucho que el que les habla no la probará hasta mucho más adelante.

El papón en Cuaresma rezuma impaciencia por todos sus poros. Acude a los pregones y a los conciertos. Busca, como loco, exposiciones, actos, tertulias y corrillos en los que compartir su ansiedad, su anhelo, su prisa porque llegue la fecha señalada. Se pregunta amargamente por qué su seise no convoca una reunión de braceros cuando hay otras. No le importa que año a año, los rituales se repitan hasta la saciedad. Sabe que, aunque todo sea igual, hay pequeños matices diferentes que hacen que su ilusión se mantenga viva, mes a mes, año tras año y así hasta completar los más de cuatro siglos que ya contemplan el devenir del cofrade leonés.

Es el papón, por antonomasia coleccionista de papel cuché. Acude a las presentaciones de revistas y recorta, con mimo, cuantas noticias de su cofradía se publican en nuestros periódicos. El enamorado cofrade guarda cada año sus trofeos de papel quizás sabiendo que, con el paso del tiempo, le harán sonreír y sentirse feliz. Más de un disgusto causa su especial colección: primero a su abnegada madre que no entiende cómo su hijo llena la casa de lo que para ella serán “papeles inservibles”; después a su mujer quien pensará en silencio con qué especie de loco se ha casado y se pregunta –no sin parte de razón– si aquel que guarda año tras año recortes de periódico que poco a poco se tornan amarillos, no tendrá un claro síndrome de Diógenes. El papón que conoce estas cuitas, pasa sin embargo año tras año de puntillas, guardando nuevamente sus papeles porque son sus trofeos y ya se sabe que un premio nunca debe perderse.

Por fin llega el Viernes de Dolores. Durante diez jornadas, nada existe en León que no sea el lento caminar de las procesiones, el olor a incienso, la música pasional. El papón, cuando no va en procesión, va a ver procesiones y se convierte, cada año, en atajador incansable, ofreciendo a los anhelantes ojos que observa bajo los capillos, su mirada cómplice de hermano.

Es el papón el mejor embajador de León. No lo dudéis.

Porque allí donde vaya un cofrade leonés, llevará a los corazones de los hombres su pasión por nuestra Semana Santa ya que, por mucho que quiera disimularlo, su corazón late al ritmo del tambor, con los pulsos que marca nuestra celebración.

Dejad, pues, que el papón leonés os hable. Él conseguirá transmitir su amor por su Semana Santa que muy pronto, haréis vuestra.

Segundo movimiento: Adagio. La música y los sonidos.

He soñado que las campanas de las Benedictinas sonaban arrebatadas muchos más días durante el año. Me he despertado escuchando el llamador de un paso anunciando a los braceros que deben meter el hombro. Me ha mecido el sonido rítmico del raseo unísono de los zapatos en el asfalto, salpicados de horquetas golpeadas. Han llegado hacia mí cornetas imposibles enmudeciendo el aire que respiro. Los recios llamadores del silencio van repiqueteando para anunciar un coro de mujeres que piden la buena muerte y después, me ha llegado el contrapunto de unas voces ahogadas bajo los capillos. Se ha roto el silencio de una noche con cientos de carracas y matracas, rompiendo el velo del templo. Un coro celestial me ha susurrado encuentros, perdones y emociones. Y adoración de llagas; y descendimientos.

Simplemente he apoyado mi mano en el hombro que me ofrecen, he cerrado los ojos y, sintiendo el peso de mi Cristo herido, me he dejado llevar por el universo de sonidos que, como cada año, me espera en los rincones más leoneses.

Porque la Semana Santa es silencio. Pero también es emoción llena de sonidos del pasado. Y del presente que se harán futuro.

Pasa ante nosotros todo un cúmulo de sonidos mágicos que nos hacen soñar y sentir que un año más la Pasión está en la calle, que el Vía Crucis debe comenzar en el mismo momento en que las campanas del Mercado anuncian la salida de la Reina.

A partir de ese momento, el papón buscará los golpes de la horqueta, el raseo de pies, sus marchas aprendidas a fuerza de escucharlas y se sorprenderá con otras que le hacen marcar el paso aunque no quiera. Buscará esquinas perdidas y seguirá a las bandas anhelando “chicotás” porque se siente cómplice de todos los sonidos. Llevará en sus oídos el acompasado ritmo del tambor y soñará con agudos redobles sobre cajas chinas.

Y es que nadie debe poner en duda que dentro del hermano que consigue emocionar con sus sonidos, hay un gran enamorado de su Semana Santa.

No miréis su indumentaria, mirad su corazón. Escuchad lo que dice con sus marchas; soñad escuchando canciones antañonas interpretadas en la calle, como si León fuera un gran auditorio día y noche y, con los ojos cerrados y el corazón limpio, recibid su peculiar forma de interpretar el recuerdo de la Pasión del Redentor.

Eso sí.

No dejéis que el acompasado ritmo de la percusión y los fuertes impactos de los metales, impidan escuchar esos otros sonidos y silencios que hacen de León una Semana Santa peculiar en la mayoría de sus actos procesionales.

Desde los raseos de los penitentes hasta los sonidos de las rondas, todo en León por unos días, se convierte en procesión: es el mundo sonoro más deseado del papón y que llevará en su memoria hasta el final de sus días.

Tercer movimiento: Largo. Las Cofradías.

¿Quién ha dicho que el leonés es individualista? ¿Quién vaticinó que la idiosincrasia de nuestra personalidad impedía el asociacionismo? La realidad desmiente la leyenda.

Son las Cofradías ancianas sabias llenas de espíritu joven, a pesar de lo que pudiera parecer. Los más de cuatrocientos años de existencia de algunas, y el devenir cofradiero leonés hacen pensar que, lejos de tener achaques, están día a día revitalizándose.

Si sus estructuras en algunos casos son arcaicas, el propio conocimiento de esta realidad y el lento caminar hacia otros modos de hacer Semana Santa, son, sin duda, los mejores síntomas de juventud.

Nunca en León, a pesar de algunos, han pasado las Cofradías momentos de guerras intestinas. Las pugnas del pasado, eran fruto de unos pocos personalismos mal entendidos. Preguntad a un hermano si no ha ayudado a otro; inquirid a una agrupación si no ha tenido manos tendidas desde las otras en cualquier momento. Solo existe una respuesta.

Las Cofradías leonesas han sido, son y lo serán solidarias entre sí; amables unas con otras; amigas de sus amigos; y nunca, por mucho que quiera presentarse de otro modo, evitarán dejarse la piel en lo que es su pasión incontrolable: la Semana Santa de León.

Ni más ni menos.

Pocas instituciones públicas han conseguido sobrevivir en una ciudad poco agradecida con lo que es suyo, lo que sin duda, añade más méritos aun.

Cuando veáis acercarse a una Cofradía leonesa, pensad en el trabajo callado de mucho hermanos que, año a año, generación tras generación, han sabido transmitir a sus hijos el amor por lo nuestro ya que, al fin y al cabo, cada Cofradía tiene *“un mismo amor, un mismo espíritu, un único sentir”* y todas ellas, en conjunto, merecen tomarse muy en serio la labor que realizan en pro de esta ciudad que, herida como está, se niega día a día a morir. Y que sea así, para siempre.

Cuarto movimiento: Allegro finale. Romance de la Pasión.

Plenamente convencido de que la Semana Santa es por encima de todo emoción, que las imágenes y sonidos que nos llegan cada primavera se convierten necesariamente en poesía, no puedo cerrar este pregón sin llamar a las musas y pedirles que al igual que en su día iluminaron una madrugada a quien esto os está contando, os ayuden a vosotros a escuchar con indulgencia, los versos que a continuación leeré.

Permitidme no obstante dedicar este último movimiento con el que quiero cerrar este Pregón Cofrade,

A mi padre, que nunca fue papón...

-Madre, deja que te diga
que a las ocho de la tarde
vi cuatro bandas formadas
cuando atravesaba el parque.

Todos iban ensoñados,
los más vestidos de calle.
¿No verían, pobres hombres,
que no tocaban a nadie,
que cerca no había flores
y ningún paso delante?

-Ay hijo, ¿no te das cuenta
que mañana, Dios mediante,
es el Viernes de la Reina
y el pueblo se hace cofrade?

¿No sabes que las campanas
arrebatando en el aire,
romperán el cielo a gritos:
Pasa, Madre, Dios te Salve?

-Ahora sí que me doy cuenta
y ya no quiero olvidarme
que al embocar calle Herreros
con esas bandas delante
que repican en la noche
al son de los redoblantes,
aunque no quiera estaré
no perdiendo ni un detalle.

Y el Sábado siendo víspera
muy cerca de media tarde,
querré que salga Sevilla
y se acerque por las calles
del viejo Reino de León,
que tampoco tiene mares.
Y al Cristo de la Esperanza,
escortado por dos Madres,
lo veré junto al Begoña
escuchando soleares.

[He soñado que el Domingo
me acercaba a ver mi padre
la Procesión de las Palmas
con estreno relumbrante].

Y cerca de ese momento,
casi por embelesarme
vi al Cristo del Gran Poder,
espiga y oro su talle.

Y he querido que después,
casi vacía la calle,
me acercara muy en silencio
a la salida del Padre,
nuestro "Dainos" redentor,
quien con su muerte nos abre
las puertas hacia la nuestra
-cantan los disciplinantes-.

Y después se encontrará
muy en silencio con su Madre
quien le hará una reverencia
por no poder abrazarle:
Su cara, llena de lágrimas;
su corazón, de puñales.

La noche cae en León
y las estrellas no saben
que nadie las mira a ellas
que nadie quiere quedarse
sin ver a la Redención
encapillarse de sangre,

enlutarse a la leonesa
y despacio, sin alardes,
recordarnos que hace años
eran las horquetas cables,
eran redobles y sueños
eran promesas y azahares.

-¡Ya es Lunes, Madre, por Dios,
La Pasión está en la calle!
Toda negra, blanca, roja,
toda llena de cantares
que adoran llagas y heridas
al que fuera también Padre
y que por hacerse Hijo
lo mataron los cobardes.

Que poco queda, Señora,
para que se acerque el Martes,
y todo se haga Perdón,
y la justicia, graciable.
Porque a golpe de una esquila
que la toca un hombre amable,
un reo no será reo:
“Os lo dice vuestro alcalde.”

Y muy cerca de esa Pulchra,
la tristeza está en el aire,
cuando embocan por Teatro
tres rostros imperturbables.
Porque los tres, aunque tristes,
perfectamente se saben
que los hombros que los llevan
no dejan de enamorarse
y al son de *La Dolorosa*
querrán volver otros Martes.

Dame, Madre, la licencia
para sentir y contarte
pues el Miércoles de luto,
nunca he querido marcharme
porque el Silencio se adueña,
poco a poco de las calles.

Y enseguida, muy despacio,
una Paloma se abre,
paso a paso hacia los cielos
de Minerva que la bate.

Y habrá rondas y poemas
y habrá cirios humeantes...
y habrá llantos y Agonías
que lloran por despertarte.

Todos siguen en silencio
para que la noche aguarde
el paso lento y cansino
de la Cruz, madera y arte,
del Cristo de los Balderas.

-¡Deja, por Dios, que lo abrace!
Deja, Señor, que te mire,
deja que enjague tu sangre,
permite a la Madrugada,
que lllore por verte inánime!

El Jueves sale a la plaza
para bienaventurarte,
para elevarte a los cielos
negro y azul, como el aire.

Y tras La Saca querré
ser María y granjearte
para llevarte en mis hombros
casi casi acariciándote
a ti, Reina de León,
a ti, amor inagotable,
a ti, bondad infinita,
a ti, Madre de las Madres.

¿Has visto, Madre, la cena
a Samaria acercarse,
plena de hosannas y flores,
cargadita de pesares?

La luna se hace testigo
de la muerte ineluctable:
¡Que sólo treinta monedas
bastaron para entregarte!

Por eso en Santa Marina
la Injuria sale a la calle,
para después, en el Templo,
poder, sin prisa, enclavarte.

-Ay, Madre, ¿quiénes son esos?
¿puedes, por Dios, explicarme?

-Hijo mío, esas tres sombras,
anuncian el día grande.
Y dicen que ya es la hora,
e incitan a levantarse
para seguir a Jesús,
para sentirlo y soñarle,
para llevarlo a la plaza
para poder abrazarle
para llenarlo de flores
y hacia su Madre acercarle.

-Hijo mío que ya es hora,
démame que te acompañe
que quiero ver El Encuentro,
que sueño con encontrarme
con los trece pasos llenos
de sentimiento cofrade.

-Madre te doy una flor,
que es pasión incontrolable,
que es amor y es poesía,
y es corazón que se abre.

Y cuando la tarde caiga,
cuando el cielo se amilane,
Siete Palabras se oirán,
rojo y negro, ya acercarse.

Y romperán el silencio.
Y querrán acariciarte,
Señor, yerto, ya sin vida,
Cristo, Mi Bien, nuestro Padre.

Casi todo está acabando,
pero no puedo dejarte,
porque el Viernes que relato
acaba por enterrarte.

¿Qué tendrá ese Santo Entierro,
da igual de nones o pares
que hace enmudecer las rúas
con silencio apabullante?

¿Será que la Soledad
Virgen Santa, Reina y Madre,
quiere al pueblo de León
verlo y con ella llevarle?

Es Sábado y es dolor.
Es día para llorarte.
Es noche, llanto, lamento,
y es saeta inagotable.

En la Puerta del Perdón
todos quieren agolparse
y seguir a Nicodemo,
a poder desenclavarte.

Tras tus pasos, muy despacio,
se observa, sola, a tu Madre,
rodeada de Marías,
que lloran inconsolables.
Blanco y morado los hombros,
rojo y blanco son sus pajes.

Muy pronto cantos de aurora,
a las doce, nocturnales,
se elevarán como sueños,
y el cielo por fin se abre.
Y cantarán la Vigilia
muy despacio esos cofrades
de los largos capirotos
de hombres nuevos, sepulcrales.

¿Ves, Madre, lo que yo veo,
esa paloma asomarse
al balcón de la mañana
llena de esa luz radiante?

¿Ves a Jesús, el obrero,
lentamente despertarse?
¿Ves el luto que se pierde
y empieza blanco a tornarse?

Mira, Madre, lo que trae
esa paloma que late,
henchido su corazón
del Domingo deslumbrante.

Y acercándose a mi oído
me susurró este romance:

¡Pasión por Pasión, León!
¡Amor de un pueblo cofrade!

Este Pregón Cofrade fue pronunciado por Jorge Revenga Sánchez en el Salón de Actos de los PP. Capuchinos de la ciudad de León el 4 de marzo de 2006, primer sábado de la Cuaresma.